DEL MOMENTO

El conflicto que ensangrienta actualmente Europa entera ha tenido la facultad de destruir la leyenda infame que pesa sobre nosotros desde tiempo inmemorial.

En el extranjero se conocía tan sólo la España de la inquisición, de los frailes, de los toros, de los conventos, del analfabetismo.

Se nos consideraba un pueblo embrutecido, idiotizado, revolcándose en la más abyecta bestialidad.

Las corrientes que aquí existen, las tendencias que aquí se manifiestan, los movimientos que aquí se realizan, carecían de valor o lo tenían muy relativo a los ojos de aquellos que de lejos nos observaban.

Se nos prejuzgaba siempre y nada era capaz de destruir el concepto de inferioridad en que se nos tenía.

La guerra ha revelado a los que siempre se ocuparon de nosotros sin conocernos la existencia de otra España, que lucha, que trabaja, que se agita, que se eleva, que tiene dignidad y la defiende, que tiene conciencia y lo demuestra, que conoce sus derechos y trata de conquistarlos. Sí. Existe otra España. Es la España revolucionaria que no quiere malograr con una apostasía infamante, con una claudicación vergonzosa, la herencia que La Internacional—de la que se considera fiel intérprete y continuadora—la legó. Que no quiere escribir en la brillante historia de sus luchas, de sus esfuerzos, de sus tentativas, una página bochornosa haciendo causa común con los verdugos del pueblo, ayudándolos a torcer los destinos de la humanidad, a cambiar el curso de la historia. Y a esa España quien la encauza, le da ideas le presta todo su vigor es el anarquismo, y el anarquismo aquí ha sabido colocarse a la altura de las circunstancias y de las ideas.

Por eso los pocos que en Francia, en Rusia, en Inglaterra y en Bélgica pudieron salvarse del naufragio tienen fijos los ojos en nosotros. Por eso los que se han pronunciado contra la bochripilante carnicería, que a través del tiempo hará recordar con espanto la época presente, siguen con interés nuestras declaraciones, nuestros gestos, nuestra actitud.

Por eso se nos prodigan ahora diariamente tantos elogios en la prensa italiana. Por eso pudo el compañero Ivetot decir últimamente: *El índico país de Europa en que, a la orden de movilización, se harán contemporáneamente* DOS MOVILIZACIONES *es España.*

Nos anima el deseo de que Ivetot no se equivoque, y por lo mismo procuraremos no defraudar las esperanzas que se cifran en nosotros.

***

El anarquismo español no se doblega ni al capricho de los filósofos ni a las afirmaciones y a las volubilidades de los sabios. Por lo mismo se equivocan los que suponen posible en nosotros un cambio de actitud. Para modificar su criterio, para escoger otro derrotero, necesita pruebas palpables, demostraciones fehacientes de que ha incurrido en error. Ni ante el verbo del saber se inclinaría.

La independencia fiera, casi salvaje de su carácter se lo impide.

Hace ya tiempo que derribó todos los pedestales, tanto si se sientan sobre ellos ídolos de carne como ídolos históricos.

Por para los que se dejan arrastrar por una corriente absurda bestial y sanguinaria.

Peor para los que dejándose llevar de un sentimentalismo irreflexivo, quimérico, artificioso, se convierten en apologistas de la espantosa matanza que oprime en estos momentos el corazón del universo.

Donde quiera que se organice una cruzada contra el Estado, contra la burguesía, contra el privilegio, allí iremos nosotros a batirnos.

No nos pondremos nunca al lado de los que sancionan y tratan de robustecer el derecho de propiedad y la explotación del hombre por el hombre.

Estamos dispuestos a hacer causa común con la Francia de 1789, de 1848 y de 1870, siempre que levante nuevamente la cabeza.

Pero con la Francia de Fourmies, de Chalons, de Raon L'Etape, de Narbona, no iríamos ni a la gloria.

No nos importa que haya quien en nombre del porvenir ayude a que los horrores y las sombras del pasado, proyectándose sobre el presente, lo ensangrienten y obscurezcan.

Un cadáver más o menos no conseguirá detener los avances de nuestra marcha.

Tengan por seguro los compañeros italianos, y particularmente Armando Borghi, que tanto se ocupa de los anarquistas españoles prodigándoles frases de afecto, que seguiremos hasta el fin del camino que nos trazan nuestras ideas.

No la amistad, ni el compañerismo, ni la admiración podrán alterar el concepto que tenemos formado de las cosas. Y sin tener para nada en cuenta las consecuencias que de ello puedan derivarse realizaremos la labor que el momento actual nos tiene asignada.

EUSEBIO C. CARBÓ

SALPICADURAS

Otra vez, y otra, y cien más, tendremos que dedicar buena parte de esta sección a asuntos bélicos; tal vez en las columnas de los rotativos aparezcan noticias de diferentes clases; pero a pesar de nuestra buena vista no sabemos ver en la prensa diaria más que «ecos de la guerra», batallas, óbuses, trincheras, héroes y picadura de carne humana; todo cuanto no se relacione con la guerra queda en lugar secundario; y ni el tifus, ni el Parlamento, ni el Senado, tres plagas a cual peor, dan de sí nada que pueda comentarse; en cambio, ¡cuántos comentarios cuántas impresiones, cuántas notas trágicas o pintorescas sugiere la guerra!

Aquí, en la gobernante, que acaba con la vida y todo el dinero de sus gobernados; allá, un *héroe*, hace él solo prisioneros a treinta enemigos; hacia el norte, un libertario, hace profesión de fe militarista, y hacia el sud, los ministros de un dios de bondad, manejan el mauser o el lebel como si fueran el chisme de repartir bendiciones.

¿Qué hacer, pues, para llenar esta sección, sino hablar de la guerra? Hablemos del salvajismo de los civilizados, ya que una fuerza mayor nos obliga a ello; pero procuremos que nuestras líneas estén exentas del virus dañino que infecta las columnas de la prensa burguesa; rámonos del heroísmo guerrero; pongamos una ironía al pie de un hecho de armas, y compadezcamos a un humanidad que se destroza, porque así le ordenan el atavismo, la superstición y la mansedumbre.

***

Un personaje, que no recordamos ni queremos recordar, qué sitio afinal ocupa, ha dicho hablando de los soldados franceses, que a pesar de las bombitas asesinas, no pierden el buen humor ni abandonan el aparato de hacer chistes; hay más todavía; en los pocos ratos que los alemanes dejan de disparar, en las trincheras francesas *hasta se juega a las cartas, y el juego que hace fuerte y así puesto en moda, es el clásico y fácil burro.*

Antes de que el corresponsal del periódico que tomamos la noticia hablase de ello, sabíamos nosotros que en las trincheras se jugaba al *burro*; lo malo es que los jugadores toman tan en serio su papel, que continuarán jugando o haciendo el burro, mientras haya quien les tire del morral y les obligue a ponerse sus lomos.

¡Y pensar que tanta cultura, tanta civilización y tanta filosofía, han servido para llevar a los hombres a hacer el burro en las trincheras!

***

Si hay quien crea que la época de los milagros pasó a la historia, les con detención los telegramas de la guerra y se convencerá de que todavía pasan cosas estupendas, que sólo a la divina intervención pueden atribuirse.

Una granada deja ciego a un soldado y destroza por completo las piernas de otro; el ciego carga con el cojo, y siguiendo las indicaciones de éste, llega *sin tropieza*, o al menos así lo cuenta un telegrama, al lugar donde acampa el batallón. ¿No es esto milagroso? Lo cerriente, lo natural y lógico sería que dos individuos tan terriblemente inutilizados, quedasen en el campo de batalla esperando la llegada de los cuervos; no ha ocurrido así, luego hay que pensar en el milagro, en lo sobrenatural, o en cantar aquella conocida copla:

Una cosa se quemó
y un ciego se la miraba,
un mudo *pedía* a *zilito*
y un manco *llevaba el agua.*

¿Es absurda la copla, verdad? Pues lo es tanto o más el episodio del ciego y el cojo que relatan los corresponsales.

***

Vandervelde, sintiéndose humorista, dicen que dijo hablando de un prisionero alemán, jorobado por más señas:

«—Se conoce que se acarició la joroba para que le sucediese lo mejor que podía ocurrirle: ser prisionero.»

El jefe de los socialistas belgas no es jiboso; de lo contrario, y aceptando su humorismo, habría que creer que se palpó la jiba para que le ocurriese lo mejor que puede ocurrirle a un socialista: pescar una cartera de ministro; pero si Vandervelde no se tentó su propia joroba, debió pasar la mano por la espalda de sus correligionarios, que con esto de la guerra deben andar más jorobados que el prisionero de marras ¡Y todo por culpa de directores humoristas!

***

Los curas franceses baten a estas horas el *record* del heroísmo; y no vaya a creerse que su parecer de héroes se limita a menesteres espirituales; no señor con la misma facilidad celebran una misa o confiesan a un moribundo, que se ciscan en el quinto mandamiento, mandando alemanas a otros, matándolas antes que en aquellas regiones no admiten a los vivos por alemanes que sean.

Cuentan los que entienden de estas cosas que la actitud del clero francés es patriótica. ¿Pero es religiosa? preguntamos nosotros. Porque aquí, digan lo que quieran, existe una contradicción entre el evangelio y el patriotismo. ¿Quién está en lo firme? ¿la religión que prohibe matar o el patriotismo que convierte en héroes a los matadores? Averigüélo quien pueda, porque nosotros para evitar confusiones, nos quedamos sin la una y sin el otro.

***

Por absurdo que parezca hay algo que alarga más que los morteros alemanes del 42, y este algo es una bendición episcopal.

Figurábamos que el obispo estrenado por Barcelona el pasado sábado, disparó en Montserrat una bendición que fué a caer a la redacción de *El Correo Catalán* causando entre aquellos redactores más jóbilo que la carga de la policía. Lo que no cuenta *El Correo* es como se aperciben de la caída de la bendición en las oficinas del periódico. Hacemos esta objeción porque no dice la de la al obispo la idea de bendecirnos. no sabremos a qué atenernos ¿Qué color, qué volumen, qué peso tendrán las bendiciones? Sáquenos de dudas los redactores del periódico jaimista, porque si un día llega el caso va a cojernos de sorpresa y moriremos del susto.

¡Y morir de una bendición debe ser una cosa horrible!

***

Leemos que un individuo se arrojó al mar con intención de morir ahogado, debido al remordimiento que le producía haber malversado 30 duros. ¡Santa inocencia!

Por ahí andan millones de hombres honorables que han malversado treinta mil veces 30 duros y no han pensado en arrojarse al mar. Sin andar más lejos, tenemos al Ayuntamiento de Barcelona que está debiendo, por servicio de coches, 400,000 pesetas, y a pesar de esto no hay un solo concejal que se decida a tomar el último baño. ¡Bien se ve que esta versadores de la cosa pública para tirarse al mar!

Eso se deja para los pobretes que pasan remordimientos por 150 pesetas.

***

Copiamos de *El Día Gráfico*, sin añadir ni quitar punto ni coma:

«IMPRESION.—Al presentar el señor Barriobero en la sesión del Congreso de hoy una enmienda al proyecto de amnistía, pidiendo que se extendiese ésta también a los obreros condenados por delitos de huelgas, casi todos los republicanos retiráronse del salón para no votarla, pues consideraban que como el Gobierno había aceptado con tanto calor la concesión de la amnistía, lo del señor Barriobero era perder el tiempo en inútiles discusiones.

«El señor Barriobero consideró esto como una ofensa personal y habló incluso de dimitir el acta de diputado.

«Luego comentaban vivamente el hecho en el salón de conferencias los ministriales, dando al hecho importancia extraordinaria:

«Los republicanos han tenido esta vez un gesto de cortesía para el Gobierno, agradeciendo su alto espíritu democrático al haber hecho la amnistía cuestión de gabinete.

«Esta fué la impresión parlamentaria más relevante de hoy.

«Claro es que *El Socialista* se queja esta noche de que los republicanos hayan vuelto las espaldas a la enmienda del señor Barriobero, no acordándose de los obreros, pero la mayor parte de la prensa elogia la actitud de los republicanos, que supieron hacer justicia a la labor liberal del Gobierno.

«Ahí tienen los electores obreros la obra de sus representantes; antes que quedar mal con un gobierno conservador, los diputados republicanos prefieren que sus correligionarios se pudran en las cárceles; y hacen bien: «quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija», dice el refrán, y el árbol gubernamental da mucr sombra y muchos frutos que el árbol proletario. Lo contrario sería dar la razón a los dos «agrícolas» de los diputados republicanos.

***

Cónstele a J. Bueso, que el autor de estos sueltos, no es por cobardía que no los firma; es sencillamente porque no quiere hacer de su nombre un medio para obtener ascendiente y popularidad en los centros obreros. ¿Puede Bueso decir lo mismo?

En cuanto a las frases despectivas dedicadas a Herreros, no he de ser yo quien las conteste: creo lo suficientemente capacitado a este compañero para defenderse; y respecto a la cuestión suscitada en estas líneas, debo advertirle a Bueso que fué iniciada por mí, que aunque cobarde, me permito la valentía de zarandear a quien según mi concepto le merezca, y aunque Bueso achaque a cobardía mi actitud, continuaré usando el pseudónimo que hasta ahora he usado, esto es sin enseñar la cara; aunque, socialmente hablando, la tengo más limpia que el redactor de *La Justicia Social*: entérese el iraeundo Bueso y sabrá la verdad de lo que digo.

Y ahora, por el sólo gusto de orme llamar canalla, cobarde e imbécil por quien tanto tiene que callar, me pluma, y firmo como siempre.

ARCADIO

***

Permítame el compañero Arcadio que invada *su terreno* para decirle a Bueso que me ha sorprendido su actitud.

¡A lo que ha quedado reducido el compañero Bueso! El tan agresivo, tan ¡habilísimo, tiene que pedir a los embusteros —sabiendo que lo son— y me perdona la vida, es decir, me desprecia.

El ha cambiado; ¿no haga un cambio más qué ignora al mundo!

Yo soy consecuente; por eso sostengo la frase que me recuerda en *La Justicia Social* respecto a los imbéciles y no quiero discutir con ellos. Y no cambio de sistema, aunque me agravien, aunque ¡habilísimo: . acepta el consejo que siempre rechazó.

¡Bueso, estás desconocido!—*T. Herreros.*

Los héroes de Calamina

Por ahí andan, por esos mundos, atronando el espacio con sus declamaciones guerreras a favor de la *triple entente*, los que antes de ser diputados y banqueros, antes de convertirse en millonarios, tronaban contra los tiranos que promovían las guerras, anatematizaban a los verdugos que provocaban el gran crimen que se cubre bajo los flecos dorados del manto *augusto de la patria*, que defienden los sin patria, los sin pan, los desheredados de todo.

Son los *héroes de Calamina*, apóstatas vergonzantes que claudicaron apenas entrevisto el Ideal, porque estimaron más útil doblegar el espinazo al paso del coche de un ministro, que no luchar franca y noblemente y caer de inanición en la calle.

Son los acanallados claudicantes que se erigieron en caudillos ridículos y en jefes de radicalismos de *estilillos*. Son los Lerroux y otros así, que entre los aplausos serviles de sus *juventudes bárbaras*, dejaron los girones de su enlomada dignidad, como últimos vestigios de cuando fueron hombres. Esos, esos son los que gritaron, los que gritan allá desde las galerías del Louvre, que el pueblo debe ir a la guerra a combatir la barbarie teutónica y a defender las *libertades de Europa.*

Mil veces canallas que unen a la indignidad la ingratitud, queriendo alucinar una vez más a esas masas de ignorantes y estúpidos que los elevaron al puesto ambicionado; y hoy, esos caudillos de relumbrón, convertidos en reyezuelos de opereta bufa, quieren empujar en avalancha de desolación y muerte, a la plebe ignorante que les sirvió de escalera, tratando de llevarla allí, a los campos de la muerte, donde se debaten en lucha gigante y titánica los materiales intereses de todos los tránsfugas políticos, de todos los tiranos del oro, de todos los sedientos de poder y dictadura. Allá donde se forjan las cadenas de la tiranía que han de oprimir a las falanges de esclavos combatientes, vencedores y vencidos, después que la voz ronca de los cañones hayan trazado la última línea de un epitalamio sangriento, que lleve por oria la infamia y la barbarie, marcando la fecha trágica en que la criminal ambición de la burguesía dominante, envolvió a Europa en la más horrenda lucha que registran los anales históricos.

Son ellos, los eternos tartufos, los indignamente erigidos a sí propios en conductores de multitudes; los que sacrílegamente manchan sus puercos labios hablando de libertad, los que hallándose entre el cieno del arroyo sintieron un día el latigazo infamante del desprecio de *arriba*, y que hablando de *redención* a los de *abajo* se hicieron mercancía vendible a los poderosos.

Esos son los que exaltan la ignorancia tratando de quintaesenciar la *misión noble* de combatir un imperialismo que ellos odian porque lo ambicionan.

¡Qué hermosa lección de cosas para los que cándidamente hacen su renunciación de hombres libertadores de sí propios, para entregarse a manos del primer *redentor* de ocasión, que luego en casos como este se convierten en *héroes de Calamina*, queriendo empujar sus mesnadas hacia el matadero donde se cotizan los valores de aventureros y verdugos.

JOSÉ ARRANZ

París.

Teoría y realidad

En el campo de las ideas hay una diferencia grande entre la teoría y la práctica, entre la idea y las acciones o procedimientos. Esta diferencia es grandísima si nos referimos a la parte moral.

Estúdiese la idea que se quiera y obsérvese la actuación de la colectividad partidaria de aquella idea, y se verá la enorme distancia que media entre la idea y la acción, entre lo que prescribe la una y hace la otra.

Las ideas progresivas tienden a la constitución de una sociedad donde la humanidad viva feliz. Hace muchos años que idealmente está hecha la transformación social. El hombre ha concebido bellas ideas, con cuyo predominio sería dichoso. Está reconocido que es posible la felicidad para todos, que no hay nada extrahumano que se oponga a la realización o triunfo de dichas ideas.

Escritores de fuerte idealidad han planteado la sociedad futura y nos han descrito su funcionamiento de una manera clara y maravillosa. Podemos decir que la emancipación humana está resuelta teóricamente.

Varias ideas reconocen esa sociedad igualitaria y justiciera, y hacia ella se dirigen por distintos caminos. La manera de atravesar el trayecto con facilidad y prontitud es también cuestión resuelta: que todos los que sufren las fatales consecuencias de la presente organización social, quieran dejar de sufrirlas. ¿Quién que esté mal no ha de querer estar bien?

Vemos, pues, que la Humanidad puede vivir bien, que con los adelantos de la mecánica, de la química y de las otras ciencias, podría disfrutar de una dicha no concebida por las imaginaciones más fantásticas.

Para conseguir esa organización que a todos libre de las penalidades actuales, hemos visto que no hay más que una vía, que es la de la propaganda que se ha venido haciendo.

Para hacer prosélitos a una idea se encarecen sus virtudes, se detalla punto por punto su parte teórica; hácese un derroche de propaganda en demostrar que con el triunfo de la idea vendrá el reinado de la felicidad. Se repite lo que todos sabemos; se demuestra lo que no necesita demostración.

El triunfo de la base moral de cualquier idea hubiera sido el triunfo del bienestar para todos. El "todos somos hermanos" y el "no hagas a otro lo que no quieras que te hagan a ti" de las religiones, y la "Libertad, Igualdad y Fraternidad" de las democracias, no han triunfado nunca.

Los que sí han triunfado y dominado han sido los partidarios de esas ideas, que lejos de la moral de las ideas, no han hecho más que demostrar la diferencia entre la idea y la realidad, entre la teoría y la práctica.

¿Quiere esto decir que tanto importa deducir que la teoría es errónea? De ninguna manera. Luchemos por aquella idea que más directamente vaya hacia la sociedad futura; pero tengamos bien en cuenta que la labor más positiva es aquella que tiende a la modificación del individuo, aquella que trata de que se desarrollen las excelsas cualidades y que se atrofien las feas costumbres, aquella que va a la perfección moral del hombre.

El estado moral de un pueblo no puede precisarse por el número de partidarios que tengan las ideas religiosas, políticas y sociales; tampoco nos da gran cosa las ideas que dominen. Y es que las virtudes morales de las ideas son abstracciones, teorías; lo real y positivo son las virtudes morales de los individuos. Estas virtudes individuales son las que dan por resultado la verdadera elevación moral de los pueblos.

Hemos de confesar que en teorías estamos bastante adelantados, pero en prácticas estamos muy atrasados. Las ideas vuelan y nosotros caminamos a paso de tortuga. Las ideas van por un futuro muy lejano; los hombres nos encontramos aún tocando los instintos feroces de los irracionales.

Es necesario laborar intensamente por la educación moral del hombre; es preciso darles una gran importancia a las cualidades buenas.

Un pueblo que profese o diga profesar ideas muy bellas, pero que esté lleno de vicios morales, será una fuerza negativa para el progreso humano.

No son las hermosas ideas sentidas superficialmente las que dominan en el mundo, son las ideas egoístas y salvajes las que imperan.

IRIDIO

La guerra, la revolución y la paz

Para los locos, los pillos y los apóstatas

La guerra, sinónimo de asesinatos, robos, rapiñas, violaciones, incendios, destrucciones, etc., etc., es antítesis de amor, de fraternidad, de progreso, de vida, y ningún espíritu recto, sensato, juicioso, puede ni debe elevarla a la categoría de divinidad santificada y, menos aún, cuando siempre, en todo caso, sin excepción, es la atropelladora de la justicia, del derecho humano, y nace, y vive, y crece, y se perpetúa por la victoria brutal de la fuerza o la innobleza de la engañosa astucia. La guerra, en fin, que siempre, siempre, nace de antagonismos ilógicos, injustos, irracionales de sostener; que tiene como fin, siempre, siempre, la satisfacción de ambiciosos apetitos, sabiamente ocultados. La guerra que, sin excepción, siempre representa bandolerismo, saqueo, rapto, y que se inspira en las antesalas de los fraqueados de la diplomacia y se extiende por los campos cubriéndolos de sangre, dolor y llanto. La guerra que, para saciar su devorada sed, sacrifica vidas en flor, roba brazos y cerebros a las ciencias, a las artes y a las industrias. La guerra, que siembra el dolor, la miseria, la desoladora devastación y la muerte. La guerra que, llámese como se llame, es la matanza de hermanos, la lucha entre iguales. La guerra que, antes, ahora, después y siempre, es la salvaje y brutal exteriorización de la suprema inferanimalidad. La guerra, cruel, dura, infame, jamás..., nunca, puede ser declarada y sostenida en nombre de la paz, vida y prosperidad, representando ella, por sí, la discordia, muerte y retroceso, y todo el que, so pretexto hipócrita, la aplauda, ayude o defienda, es, sencillamente, un loco, un hipócrita, un pillo o un *canalla* enemigo de la igualdad, libertad y fraternidad humana.

Los que se matan, los que se destrozan en la guerra, son útiles para el trabajo, son igualmente explotados por sus tiranos, son de igual forma esclavizados por sus déspotas, sufren igual la miseria, la ignorancia y la tiranía, son hermanos en sufrimientos y privaciones y, por lo mismo, resulta irracional, es altamente inhumano, que se aniquilen estúpidamente en pro de unos u otros amos, en defensa de un comercio u otro que igualmente les estafa, de una u otra industria que igualmente crece a expensas de su sudor, de una civilización u otra que de la misma forma los engaña y sujeta al yugo. Resulta cruelmente paradójico que los enemigos de la tiranía, de la explotación, lloren como plañideras impúdicas la derrota de un tirano o aplaudan al nuevo César. Se necesita ser muy cándido o muy malvado para interesar a los esclavos para que defiendan a sus antiguos liberticidas o nombren otros nuevos.

El dilema es: "Guerra con todas sus fatales consecuencias, o paz verdadera".—"Con los tiranos, o contra toda tiranía".

No hay más que esos dos caminos: o declararse guerrero, brutal, cruel, sanguinario, etc., etc., defendiendo al lado y a la defensa del tirano A o B, o, de lo contrario, proclamar nos enemigos de la esclavitud, de la opresión, de la tiranía, y asegurar la paz humana por la abolición absoluta de la esclavitud, combatiendo, y haciendo combatir a todos los oprimidos, contra los opresores todos, sin distinción.

Según se lee, la enfermedad es contagiosa y (parece increíble!), hasta los que parecían más capacitados para dejar sentir y hacer oír su voz de protesta sobre el estruendo de los combates; hasta los que, por su historia, venían obligados a hacer cesar la carnicería o convertirla en libertadora, se han intoxicado en la atmósfera que nos rodea y han sucumbido cobardemente, cayendo en el seno de las cobardes apostasías y criminales colaboraciones; han carecido de valor para gritar, a todo pulmón, convencidos de sagrado amor humano: *¡Hombres, no os asesinéis por defender el banquete que otros devoran! ¡Sois hermanos!... ¡Aprovechad vuestras fuerzas para luchar contra el monstruoso enemigo común que os oprime!... ¡Huid del arma fratricida o emplear bien vuestros cartuchos en defensa de la libertad ansiada!...*

Si todos los esfuerzos que se hacen, han hecho y, lo que es peor, se seguirán haciendo, en defensa de una esclavitud, mientras la ignorancia de unos y la canallería de otros sostengan con sus sofismas inmobles y defiendan la lucha cruel que se sostiene; si todos los sacrificios empleados en pro de tamaño crimen de lesa humanidad, se emplearan en defender la libertad ansiada, la sociedad en general estaría redimida, aun a despecho de los que medran con el engaño y el crimen.

Hemos, como siempre, afirmo y ratifico mi criterio libertario, contra el parecer de altos y bajos, y una vez más, grito a pleno pulmón y en pleno día: *¡Deteneos! ¡Variar la punteria y la libertad será vuestra, esclavos!*

ZOAIS

¡JUSTICIA!

En el penal de Ocaña, de cuya prisión acabo de ser licenciado, vienen ocurriendo, como en todos los grandes atropellos, llevados a cabo por el monstruoso Director que, con gran detrimento de los reclusos que sufren las gravísimas consecuencias, y a pesar de lo cual se ha tenido la desfachatez y cínica de conceder el sobrenombre de «prisión modelo» al tal establecimiento. Si el progreso del régimen penitenciario consiste en llevar delante las injusticias más estupendas que puedan concebirse, si los malos tratos más inicuos, entonces, razón se tendrá al conceder al tal establecimiento el calificativo de «prisión modelo» de Ocaña, dirigida por el benemérito Director que llaman don Juan Alvarez Robles, que es el director de la tan tristemente célebre prisión.

Este señor director, que parece ser cogido a azar en las montañas del Africa, es protegido por don Fernando Cadalso, cuyo apellido, que ya parece lleva el sello de tan censurables sentimientos, basta para conocer hasta donde llegará la justicia bienhechora de este personaje que si no me equivoco, figura en la Dirección general de prisiones como uno de los miembros más importantes y entendidos por su habilidad y experiencia... y cuyos servicios prestados en calidad de presidio no dejaron en los penados otra cosa que lágrimas y terribles recuerdos por la ferocidad con que siempre trató a estos desgraciados.

Pero vengamos al caso. Durante los tres largos años que he permanecido en aquella monstruosa prisión he presenciado muchos y repugnantes casos, todos ellos fatales para los penados que han tenido o tienen la desgracia de estar en la referida «modelo» de los Alvarez y los Cadalsos. ¡Cuántos y cuántos infelices yacen en la fosa, pidiendo justicia y castigo para los asesinos que dieron muerte tan cruel y desastrosa a aquellos infelices.

No me detendré en detallar crímenes de tal naturaleza acaecidos en la monstruosa prisión que nos ocupa; harto bien y claro se conoce lo declarado y denunciado Félix Huerta Aranaga, en *El Duende*, de Madrid, en el número del 16 de noviembre del pasado año, y aunque verdaderamente, no produjeron algún movimiento en la Dirección general y tribunal del Juzgado competente de Ocaña, todo quedó como antes, salvo que se moderó en parte el feroz tratamiento que daban a los presos, por medio de palizones, dietas prolongadas y secuestros infames, quedando siempre muchas y «bonitas» maneras de matar, cosa que llena los instintos de cabrón del director que rige la «modelo» prisión.

A raíz de las referidas denuncias de Huerta en *El Duende*, se personaron en el penal el Director general de prisiones y don Fernando Cadalso, el día 22 de noviembre del pasado año, al parecer dispuestos a hacer justicia y condenar tan tremendas iniquidades. Estos, señores amos de carne y hueso, se dirigieron a los presos, se conocieron a los reclusos, recorrieron los talleres y visitaron las celdas. Acto seguido y con disposición de practicar diligencias sobre las denuncias publicadas, mandaron dar la voz de: *"Todo aquel penado que quiera audiencia con el Director general de penales puede inscribirse en la Ayudantía.*

Terminada de dar esta voz y los reclusos, desde tanto tiempo hace sedientos de justicia se amontonaron en número no menor de 500, en las puertas de la ayudantía, donde esperaban poder exponer sus vehementes deseos de librarse de los dientes del lobo. Como de tanta la acumulación de reclusos que se apresuraban a prestar sus declaraciones, determinaron que sólo se admitiría una comisión para declarar los hechos acaecidos.

Pronto se formó un número de 14 declarantes, los cuales se impacientaban por manifestar abiertamente las infames torturas de que fueron objeto infinidad de compañeros, pero aún de los 14 mencionados, sólo declararon ante el Director general unos 4 o 5, porque el mencionado director, había de marchar a Madrid a las 6 de la tarde, quedando condinado dicha diligencia en el cargo de juez al señor don Fernando Cadalso, protector del Director de la prisión donde tantos crímenes se han cometido. ¿Qué podía resultar de un juez, tan inepto como incapaz? Los penados ya le conocían. No perdieron sólo de él, protestaron de su parcialidad insensata para la causa de la justicia, y todos, unánimente, se negaron a prestar sus declaraciones, creyendo con ello cumplir con su deber.

En vista del desprecio que se le hizo, el que se merecía, mandó formar a la población penal inmediatamente, y los penados silenciosos y formados oyeron un discursito propio del que lo pronunciaba, en el que se insultaba a los presos, en vez de hacérseles justicia; y se realizaban los «inhalantes» sentimientos del secuestrador, el director

Al oir tales infamias e insultos los reclusos y vilondos más palmariamente víctimas de la mala fe desconfiados de que se les hiciera la debida justicia, principiaron a gritar unánimente: ¡Fuera, fuera, que venga el señor Juez! El mencionado señor Cadalso insistía en su peroratoria a pesar de las protestas, dando con ello lugar a excitaciones que pudieran haber traído graves consecuencias.

Como los ánimos de los penados se excitaban cada vez más, hubo necesariamente que llamar al juzgado, cosa a la que se negaban en absoluto los torturadores de los penados, queriendo a todo trance evitar la presencia del señor Juez que debía instruir el sumario que se desesba en contra de los culpables de los hechos denunciados. Si el Director del presidio no era responsable de nada y había cumplido con su deber ¿por qué tenía tanto al sumario que podría formar el señor Juez instructor? ¡Oh, «prisión modelo» de Ocaña, cuántas y cuántas iniquidades encierras!

Cuando los ánimos estaban ya hasta el colmo, dando lugar los Cadalsos y los Alvarez a que ocurriera algún suceso aunque insignificante, para mandar entrar la guardia y asesinar a los reclusos infamemente una vez más. Me dirigí seriamente al señor Juez y dijo en voz alta a los penados: ¡Reclusos, aquí tenéis a vuestro Juez! ¿Qué queréis? *¡Justicia!*, gritaron los mismos de la multitud. Pues, justicia tendréis, contestó Os pido una favor, continuó, que os retiréis pacíficamente a vuestros departamentos que yo me constituyo aquí para hacer justicia pese a quien pese. Me constituyo, alegó, para tomar declaración a todo penado que pueda dar detalles sobre lo que se ha denunciado en la prensa.

Efectivamente, fueron atendidas sus palabras, y todos se retiraron pacíficamente esperando las disposiciones del digno juez, y pronto principió a llamar a los penados que debían declarar, siendo en número considerable los que lo hicimos, quedando plenamente confirmados los crímenes denunciados por Huerta.

Sin otro motivo, nos dejaron encerrados en las brigadas a todos los penados los días 24, 25 y 26 de aquel mes, debido a disposiciones de Cadalso y del inquisidor director del establecimiento, con lo que se burló y violó la ley descaradamente.

El mismo día 26 por la tarde, después de haber terminado de comer el rancho, entró el celebérrimo Cadalso, acompañado de un piquete de soldados, dispuesto a hacer una de las muchas injusticias que acostumbra, y distribuyó 4 números y un cabo en cada puerta de las brigadas y ¡con los fusiles cargados! Seguramente para hacer justicia, la justicia que acostumbra este partidario del martirio y del exterminio. ¡Feroz canibal!

Inmediatamente apareció un ayudante primero llamado Isidro, adicto en un todo a las violencias del Director, llevando una lista en la mano en la cual leían nombres de reclusos a los cuales iban llamando y conduciendo a las celdas de castigo.

Aquel día fueron secuestrados 19 penados, de los cuales todavía permanecen en dichas celdas unos 20, yo no sé si será para ponerlos en escabeche, pero lo que sí puedo decir es que don Ezequiel Díaz, es el hombre más adecuado para no conocerse, y no quedan satisfechos sus instintos feroces si no se aplaca diariamente a las infelices víctimas.

¡A cuántos tiene en la tumba! ¡Si levantara la cabeza el mártir Valeriano Fernández y otros muchos asesinados vilmente por estas fieras rabiosas!... No por eso deja de ser el empleado más querido del abisinio mayor, el director don Juan Alvarez Robles.

Bien reconocidos quedaron estos hechos de matonismo en el sumario que formó el señor Juez competente de Ocaña, y yo como bien siento ignorar y no poderlo estampar en estas columnas, por la imparcialidad y sinceridad con que se presto para dar cumplimiento a su misión justiciera —lo que no se encuentra en todos los que pretenden parecerse a los de mucha equidad— quedaron probados crímenes que Huerta denunció en *El Duende.*

Pero ¿qué han hecho de lo actuado por el digno Juez? Anularlo todo, inutilizarlo todo, y, por último, dejar al asesino cantando libremente con su *matonismo*, y que pueda saciar impunemente sus salvajes instintos de repugnante antropófago.

Burlaron la autoridad y la justicia y lo que el señor Juez ordenaba, los Cadalsos y los Alvarez lo desacataban o deshacían, y por último, pudieron trasladar al señor Juez, por no querer cumplir con la justicia a los infelices penados y llevar a los tribunales el conocimiento de los crímenes cometidos en aquella tétrica «prisión modelo».

¡Oh, sarcasmo! ¿Y, todavía pretende España civilizar el Africa? Más pertinente sería civilizar antes a muchísimos que para esa misión de humanidad están investidos de ominosa autoridad. Y que con sus procedimientos salvajes producen la corrupción en los presidios y la ruina y la muerte de muchos penados.

Se llama la atención de las autoridades a las que corresponda corregir tan grandes males y eviten de una vez y para siempre, si puede ser, el que en el penal de Ocaña los reclusos tengan su salud y su vida a merced de la sesada de feroces torturadores que tienen convertido aquel establecimiento penal en un antro espantoso, antesala del cementerio.

No sólo lo agradecerían los penados, sino también los mismos empleados, también víctimas de fiera tan terrible.

Otro día tal vez se diga más si las autoridades no evitan tales hechos o trasladan al responsable de los mismos.

ROSENDO CABO SUAREZ

La verdad se impone a través de los tiempos

El socialismo gubernamental está dando los zarpazos lógicos de su agonía ante el conflicto europeo; él es partícipe de la guerra y gustoso en hechos y en nombre de la libertad y de la democracia prepara los ánimos para que el proletariado vaya a ser carne de cañón en el actual conflicto, diciendo: La imperialista Alemania representa la reacción y el atraso, y su triunfo sobre Francia sería el caos de la desdicha, paralizaría el movimiento progresivo que se está llevando a efecto por las fuerzas proletarias y los sacrificios hechos durante veinte siglos serían ahogados por el movimiento envolvente que realizaría el imperialismo alemán.

En las naciones en lucha los directores socialistas se lían la manta a la cabeza y aceptan carteras ministeriales. Dicen que odian la guerra y que van a una guerra de defensa. ¡No! no es guerra de defensa porque no es de ideales, y por lo tanto no es de defensa. Con y sin el triunfo de Alemania el proletariado podría seguir su marcha evolutiva bajo este u otro régimen cualquiera. Fíjense en la imperialista Alemania; en lo que a ellos afecta, tienen cieno y pico de diputados, y en España uno. Fíjense en la imperialista y despótica Rusia, y a pesar de ello es el movimiento obrero ruso más valiente y agitador que el de las demás naciones europeas.

Lo que hace falta es que se manifieste clara y terminantemente lo que quieren y lo que son, y de esa forma no serán tachados de traidores y de hipócritas.

El tiempo habla y por tanto no es tan fácil encubrir la falsedad de la etiqueta social.

¡Fuera equívocos! Mostradle al obrero claramente el camino que os proponéis recorrer, y si os sigue que lo haga con conocimiento de causa.

Quien acaudilla una masa de hombres inconscientes comete un crimen de lesa humanidad.

¿Es que el obrero ha de ser el eterno maniquí? ¿Si tanto le más por que hacerle víctima de vuestras bastardas ambiciones?

¡La guerra actual es de imperialismo contra imperialismo!

Una guerra por la libertad y la justicia únicamente surgirá de la rebelión del pueblo contra sus tiranos y explotadores, debiendo ser una revolución que barra las bases podridas de la sociedad presente, no provocada por un imperialismo más o menos humanitario.

Venga la acción clara y decidida del proletariado, unido bajo los pliegues de la bandera roja de la anarquía, y bajo este u otro régimen cualquiera, más o menos opresor, el triunfo del proletariado sobre sus tiranos será un hecho.

Belmez

JOSÉ H. ARANDA

EL TEATRO DE BENAVENTE

LA MALQUERIDA

En este drama intenso la realidad se impone, con toda la brutalidad de los arcaísmos sociales:

Se nos presenta un hogar formado por un matrimonio en que la mujer con una hija ha adquirido segundas nupcias. El padrastro se enamora de la muchacha y sobre tal amor versa toda la psicología de los personajes. Pero hay un pretendiente y, como por los convencionalismos imperantes, no puede ser rechazado, el incestuoso no duda en poner fin a la vida del galante para así conseguir el fruto prohibido. Pero